

EL CASTILLO DE UCLES

POR DIMAS PEREZ RAMIREZ

Al comenzar estas breves líneas sobre el antiguo castillo uclenseño, saltan a la pluma las palabras con que Villacorta empezaba su articulito sobre el mismo tema, en el número 83 de *La Actualidad Española*: «Estas son las torres militares y monacales de Uclés. Unas están vivas; otras, muertas.» Es acertada la expresión. Hay en este armonioso conjunto de monasterio y castillo torres que aun no han perdido su juventud, que sonrien, ya desde la lejanía, al que se asoma al paisaje; torres que están vivas: son las del monasterio. Y hay a su lado, decrépitas, caedizas, desdentadas y esqueléticas, otras torres que ya no sonrien, y son las de la vieja fortaleza.

En las riberas del Bedija, que retrata esas torres, ya no hay «grúas», ni ánades que se puedan «cazar con falcones», como en los tiempos de don Juan Manuel. En cambio, la tierra sigue siendo, lo mismo que hace cuatro siglos, «más fría que caliente», «tierra sana y no enferma», y las torres del viejo castillo, aunque estén muertas, «a semejanza del Cid, siguen ganando—diremos con Sáinz de Robles—batallas, en nombre del pasado, a la admiración presente».

Agradecemos, al visitar el magnífico monasterio de Santiago, esa satisfacción que a la vista produce el plateresco encaje de alguna de sus fachadas y la escueta geometría herreriana de otras, pero sentimos, profundo, el recuerdo del lejano castillo, que no llegó completo a nosotros, muerto esta vez, como siempre, por la implacable condición de los tiempos.

Algo podemos barruntar y, con imaginación y algunos datos indirectos, reconstruir el pasado. Aquella fortaleza de Uclés, a juzgar por la extensión que ocupaba y que hoy conocemos con exactitud, era grandiosa: un kilómetro cuadrado de superficie, rodeado de murallas, bastiones, contrafuertes y torres almenadas. Sin embargo, no estribaba en sola su magnitud la importancia que en los tiempos medios llegó a alcanzar. Lo principal fue su situación geográfica y la topografía del terreno. Se alzaba el castillo de Uclés en el cruce obligado entre los reinos de Toledo y Valencia, en la línea de choque entre cristianos y moros. Formó parte, durante los prósperos años del Califato, de la Marca Superior, y, en unión con otros castillos de la misma, como Cuenca y Huete y Zorita, fue punto de apoyo de familias rebeldes y caballeros audaces, que no siempre estuvieron dispuestos a obedecer al Califa, como en el caso de los Ben Zenum, Musa y su hijo Al-Fath. Después, cuando avanzó la reconquista, también